

FEDRA, DE JUAN MAYORGA EN EL TEATRO BELLAS ARTES DE MADRID

Magda Ruggeri Marchetti

Fedra, de Juan Mayorga. Dirección: José Carlos Plaza. Escenografía: Francisco Leal y José Carlos Plaza. Vestuario: Pedro Moreno. Música: Mariano Díaz. Iluminación: Francisco Leal y Oscar Sáinz. Intérpretes: Ana Belén, Alicia Hermida, Fran Perea, Chema Muñoz, Javier Ruíz de Alegría, Daniel Esparza. Teatro Bellas Artes (Madrid), del 13 de septiembre al 28 de octubre de 2007.

Después de pasar por los festivales de Mérida y el Grec de Barcelona, ha llegado a Madrid *Fedra* de Juan Mayorga, obra que se inspira en el mito clásico pero que difiere profundamente de él. Basada en la segunda versión del *Hipólito* de Eurípides, se distancia de ella por la ausencia de los dioses, allí los verdaderos responsables, y por la distinta sucesión de los acaecimientos, como en la *Fedra* de Séneca, que también ha influenciado a nuestro autor. Seguramente esta versión se acerca más a la de Racine en la profundización de los personajes y en la construcción trágica. Como el dramaturgo francés, Mayorga coloca la muerte de Fedra al final, pero, como veremos, de una forma muy distinta, como distinto es también el peso de su herencia genética, sólo apuntada por nuestro autor, mientras en aquella versión se le asignaba la mayor responsabilidad.

Mayorga ha suprimido muchos episodios superfluos en la economía de la tragedia, ha reducido los personajes, añadiendo otro, Acamante, y el desarrollo de la acción se centra sobre todo en el conflicto de las pasiones. El alma de Fedra está al desnudo, arrastrada por un amor al que intenta resistirse, torturada por el deseo, pero también por los remordimientos, y en ese sentido recuerda sobre todo a la heroína de Racine. Nuestra versión es la historia de un gran amor que hace a la protagonista censurable y admirable al mismo tiempo.

Ana Belén dibuja perfectamente a su personaje, mostrándonos a una mujer que lucha por una gran pasión a la que se abandona sin reservas y que la llevará a la muerte. Pero a pesar de la lucha que mantiene consigo misma, decide rebelarse a las reglas que le imponen esperar fielmente a Teseo y asume la responsabilidad de vivir un amor prohibido, luchando contra las convenciones y las costumbres. No la devoran los celos como a la heroína de Racine, que nos presenta a un Hipólito enamorado de Aricie, porque nuestro joven está interesado sólo en la caza como el de Séneca, pero, si al comienzo parece odiar a todas las mujeres, evoluciona en el curso de la obra porque Fedra conseguirá suscitar en él el amor; un amor que él no ha querido reconocer pero que poco a poco ha crecido en su corazón. El joven ha revelado claramente su sentimiento no denunciando el acoso amoroso de su madrastra y especialmente con su dulce mirada hacia ella en el final. También Teseo lo comprende y los deja solos mientras, abrazados, mueren por medio del puñal que Fedra hunde en el pecho de un Hipólito ya malherido, antes

de clavárselo ella misma. Es la última bellísima escena, que simboliza no sólo el triunfo del amor; sino también la rebeldía que impulsa al hombre hacia la libertad. De las versiones que hemos leído de este mito, sólo en la de Domingo Miras el joven ama a Fedra desde el comienzo, pero es un ser miedoso e indeciso, que siente pavor por su padre: la aparición de su espectro basta para truncar los juegos amorosos con su madrastra e inducirle a rechazarla.

Mayorga mantiene la relevancia de la Enone de Racine, una confidente que conoce todos los recovecos del alma de Fedra, pero que ahonda sus raíces en la tradición española. Cuando habla a



*Fedra, versió de Juan Mayorga. Direcció: José Carlos Plaza.
Intèrprets: Ana Belén i Fran Perea. Teatre Grec, agost del 2007.*

Hipólito de la pasión de su ama es una evidente celestina con todas sus estrategias y expedientes. La única diferencia con su antepasada es que no lo hace por dinero, sino por amor a su dueña. Y por amor se interpone cuando Teseo va a matar a Fedra, asumiendo toda la responsabilidad: «(...) soy yo la que merezco tu castigo. Soy yo, señor; quien debe morir.» También Teseo es un personaje de Mayorga. Viene del mundo de los muertos y viene a traer muerte. La lleva consigo. Generalmente se le describe como a un hombre violento, mientras aquí perdona y nuevo es el gesto final de dejar solos a los amantes y permitir el triunfo del amor: Terámenes ha sufrido igualmente un pequeño cambio. Generalmente es un ayo que Mayorga transforma en un amigo de Hipólito para hacer más evidente la solidaridad del mundo masculino frente a la mujer.

Nuestro dramaturgo construye el personaje del hijo, ausente en las versiones que obran en nuestro conocimiento. Acamante en efecto aparece en la *Mitología* de Pierre Grimal como hijo de Teseo y de Fedra. No figura en la epopeya homérica aunque leyendas posteriores le hacen participar en la Guerra de Troya y, después de muchas hazañas, volver a Ática con su abuela Etra y reinar en paz. Y deseoso de paz y tranquilidad es el personaje de Mayorga, que tiene un papel secundario, pero encarna un profundo mensaje de paz. Se percibe en especial en los momentos más trágicos cuando su intervención, que se repite igual también a nivel sintagmático, es siempre conciliadora. Cuando se entera de que el padre ha pedido al cielo el castigo de Hipólito afirma: «(...) perdónalo. Que no se derrame nuestra sangre» y cuando Teseo está a punto de matar a Fedra repite: «Perdónala, padre. Que no se derrame más mi sangre.»

El montaje de José Carlos Plaza es impecable. Cada detalle contribuye a presentar una historia atemporal, pero siempre actual por su argumento. El escenario es sencillo y sugestivo. Domina el rojo, color de la pared del dormitorio que cobija la pasión de Fedra, pero este muro está rasgado por una profunda grieta donde el rojo es más oscuro y puede recordar una herida, probablemente la del amor prohibido o la de la muerte. Roja es también la ligera colcha en la cual se envuelve y desenvuelve constantemente Fedra echada sobre un camastro, único objeto de todo el espacio, y de diferentes tonos de rojo es también la bata que viste la protagonista, que en el final se pondrá de negro presagiando la muerte. Sugestivos también los blancos indumentos de Hipólito, evidente referencia a su puro corazón. La iluminación de Francisco Leal y Oscar Sáinz es importantísima para la división del escenario y la alternancia de los cuadros. Los encuentros de Hipólito con Terámenes, Teseo y Acamante tienen lugar siempre en el primer término mientras se oscurece el aposento de Fedra. Se subraya así la escisión, que muy claramente indica el texto de Mayorga, entre el mundo de los hombres, entregado a la caza y la lucha en los bosques, y el de las mujeres en el palacio.

Todo el reparto es de gran altura y el público lo reconoce con ovaciones y aplausos en una sala abarrotada cada noche. Ana Belén es una Fedra apasionada e intensa, mordida por el sentimiento de culpa en un primer momento pero decidida a defender su amor después. Fran Perea es un Hipólito conseguido, especialmente en el enfrentamiento con el padre y en la espléndida escena final. Alicia Hermida muestra todo su oficio en el difícil y ambiguo papel de Enone, así como Chema Muñoz defendiendo con dignidad su honor y su papel mítico y heroico. Un gran trabajo de actores apoyado por un magnífico texto en el que la hábil utilización de la lengua ha creado un signo de gran eficacia teatral, inventando figuras dramáticas que poseen valor humano y calidades simbólicas.